



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI A LOS EMPLEADOS DE LOS MUSEOS VATICANOS EN EL V CENTENARIO DE SU FUNDACIÓN

Jueves 23 de noviembre de 2006

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría os acojo y doy a cada uno mi cordial bienvenida. Saludo en primer lugar a monseñor Giovanni Lajolo, presidente de la Gobernación, y le agradezco las palabras con que se ha hecho intérprete de vuestro afecto, subrayando la atención especial que los Sumos Pontífices han prestado a los Museos vaticanos, que este año celebran su V centenario. Saludo, asimismo, al secretario general, monseñor Renato Boccardo, y al director de los Museos, doctor Francesco Buranelli. Naturalmente, el encuentro con vosotros, que formáis el grupo de empleados más numeroso de la Ciudad del Vaticano, estaba ya en mi agenda, y me alegra que tenga lugar durante estas celebraciones jubilares. Quisiera dirigir también mi saludo a los familiares presentes, haciéndolo extensivo a todas vuestras familias.

Cada día miles de personas visitan los Museos vaticanos. En el año 2005 se contaron más de 3.800.000 personas, y en este año 2006 ya han superado los cuatro millones. Esto hace reflexionar. En efecto, ¿quiénes son estos visitantes? Son una representación muy heterogénea de la humanidad. Muchos de ellos no son católicos; otros muchos no son cristianos y tal vez tampoco creyentes. Buena parte de ellos va también a la basílica de San Pedro, pero del Vaticano bastantes personas sólo visitan los Museos.

Todo ello impulsa a reflexionar sobre la extraordinaria responsabilidad que tiene esta institución desde el punto de vista del mensaje cristiano. Viene a la mente la inscripción que el Papa Benedicto XIV, a mediados del siglo XVIII, mandó grabar en el frontispicio del así llamado *Museo cristiano*, para explicar su finalidad: "*Ad augendum Urbis splendorem et asserendam Religionis veritatem*", "Para aumentar el esplendor de Roma y afirmar la verdad de la Religión cristiana".

El acercamiento a la verdad cristiana a través de la mediación de la expresión artística o histórico-cultural brinda una nueva oportunidad para hablar a la inteligencia y a la sensibilidad de personas que no pertenecen a la Iglesia católica y a veces pueden albergar prejuicios y desconfianza con respecto a ella.

Los que visitan los Museos vaticanos tienen la oportunidad de "sumergirse" en un concentrado de "teología por imágenes", al detenerse en este santuario de arte y de fe. Sé cuanto esfuerzo supone la protección, la conservación y la tutela diaria de esas salas, y os agradezco el empeño que ponéis para lograr que hablen a todos y del mejor modo posible. Es un trabajo en el que todos vosotros, queridos amigos, estáis implicados. Todos sois importantes, pues el buen funcionamiento del Museo, como sabéis muy bien, depende de la aportación de cada uno.

Permitidme ahora poner de relieve una verdad que está escrita en el "código genético" de los Museos vaticanos: la gran civilización clásica y la civilización judeocristiana no se contraponen, sino que convergen en el único plan de Dios. Lo demuestra el hecho de que el origen remoto de esta institución se remonta a una obra que con razón podríamos definir "profana" —el magnífico grupo escultórico del Laocoonte—, pero que, en realidad, insertada en el contexto vaticano, adquiere su plena y más auténtica luz.

Es la luz de la criatura humana modelada por Dios, de la libertad en el drama de su redención, situada entre la tierra y el cielo, entre la carne y el espíritu. Es la luz de una belleza que se irradia desde el interior de la obra artística y lleva al espíritu a abrirse a lo sublime, donde el Creador se encuentra con la criatura hecha a su imagen y semejanza.

Todo esto podemos leerlo en una obra maestra como es precisamente el Laocoonte, pero se trata de una lógica propia de todo el Museo, que desde esta perspectiva se presenta verdaderamente como un todo unitario en la compleja articulación de sus secciones, a pesar de ser tan diferentes entre sí. La síntesis entre Evangelio y cultura se presenta de forma muy explícita en algunos sectores y casi "materializada" en algunas obras: pienso en los sarcófagos del museo Pío-cristiano, o en las tumbas de la necrópolis de la vía Triunfale, que este año ha duplicado el área del museo, o en la excepcional colección etnológica de procedencia misionera.

Realmente el Museo muestra un entrelazamiento continuo entre cristianismo y cultura, entre arte y fe, entre lo divino y lo humano. La capilla Sixtina constituye, al respecto, una cima insuperable.

Volvamos ahora a vosotros, queridos amigos. Los Museos vaticanos son vuestro lugar de trabajo diario. Muchos de vosotros estáis en contacto directo con los visitantes. Por eso, ¡cuán importante es vuestro trato y vuestro ejemplo para dar a todos un testimonio de fe sencillo pero eficaz! Un templo de arte y de cultura como los Museos vaticanos exige que la belleza de las obras vaya acompañada por la de las personas que trabajan en ellos: belleza espiritual, que hace realmente eclesial el ambiente, impregnándolo de espíritu cristiano. Así pues, el hecho de trabajar en el

Vaticano constituye un compromiso ulterior de cultivar la propia fe y dar testimonio cristiano.

A este propósito, además de la participación activa en la vida de vuestras comunidades parroquiales, os pueden ayudar también los momentos de celebración y formación espiritual animados por vuestros asistentes espirituales, a los que agradezco su entrega. Os invito sobre todo a hacer que cada una de vuestras familias sea una "pequeña Iglesia", en la que la fe y la vida se entrelacen en la sucesión de los acontecimientos alegres y tristes de todos los días. Precisamente por esto me alegra que esté presente hoy una representación significativa de vuestros familiares.

Que la Virgen María y san José os ayuden a vivir en perenne acción de gracias, gustando las alegrías sencillas de cada día y multiplicando las obras buenas. Aseguro mi oración por cada uno de vosotros, de modo especial por los ancianos, los niños y los enfermos, y, a la vez que os agradezco vuestra grata visita, os bendigo con afecto a vosotros y a todos vuestros seres queridos.